

flamada cualquiera, ya sean los huesos, el periostio, las articulaciones ó las arterias (aneurismas), los tumores ó los cánceres, están expuestos á la neuritis.

En todos estos casos será de necesidad conceder un puesto importante en el tratamiento al angiótico, sobre todo al angiótico II—*intus et extra*,—á dosis muy débiles.

Si la neuritis sobreviene á consecuencia de una enfermedad de los centros nerviosos, como en la meningitis ordinaria ó en la tuberculosa, ó sifilítica, y en la mielitis, como la neuritis no es ya entonces debida á alteraciones vasculares ni á exudaciones serosas, será necesario apoyar el tratamiento en el escrofuloso y en el canceroso ó también en el sifilítico.

En toda alteración de los centros nerviosos, y en especial de la médula, las enfermedades muy agudas son siempre más fáciles de curar con nuestros remedios, sin duda porque la inflamación descansa entonces en los intersticios, más bien que en la propia pulpa nerviosa; en este último caso, el tratamiento será largo y los progresos de la curación mucho menos rápidos, pero á pesar de esto llegarán á conseguirse.

Es de notar que en las enfermedades agudas, el escrofuloso triunfa de seguida á la primera dilución, mientras que en las enfermedades sordas, indiferentes ó crónicas, apenas si empieza á obrar á la tercera dilu-

ción, y entonces más que nunca necesita del auxilio de los otros medicamentos.

Si la neuritis ataca la misma sustancia del nervio puede ocasionar, á distancia, la inflamación de la parte de la médula que le corresponde; por cuya razón no se pueden atacar demasiado pronto ni demasiado activamente esta clase de enfermedades. Con nuestros remedios tomados á tiempo se evitarán seguramente estos peligrosos accidentes.

Una de las más frecuentes y más dolorosas neuritis es la ciática. No obstante, es importante hacer constar que muy á menudo es más bien neuralgia que neuritis. La primera es más dolorosa, pero la segunda mucho más grave porque causa una alteración esencial del nervio y ocasiona la atrofia de los músculos y su lenta destrucción.

En ambos casos nuestros medicamentos no dejarán de triunfar, aunque más fácilmente y más rápidamente en el primero que en el segundo caso.

Inútil es decir que, en todas circunstancias, las aplicaciones de electricidad desempeñan su papel importante en la curación de las neuritis, cualesquiera que ellas sean.

1236

Puesto que la palabra *neuralgia* corre en pos de nuestra pluma, hablemos de ella sin tardanza. Una primera diferencia se ve por

la precedente distinción entre la neuritis y la neuralgia, que consiste en que la neuralgia no ocasiona directamente por sí misma alteración alguna de gravedad en la constitución; la segunda diferencia es que los paroxismos dolorosos, intermitentes ó remiten-tes de la neuralgia, están localizados en el aparato nervioso sensitivo; la tercera está en que el origen de la neuralgia es siempre pe-riódico, es decir, que tiene por causa gene-ral una lesión en la periferia de los ner-vios. Esto no impide que la lesión periférica deje de tener y tenga con frecuencia reper-cusión en la parte central nerviosa que le corresponda y adonde el dolor se irradia en-tonces sobre todos los filetes que parten de este haz central; así es como se explica la irradiación de la neuralgia dentaria á toda la mitad correspondiente de la cara; y así es también como una excitación que parta del útero, transmitida en un principio desde la médula lumbar hasta los núcleos, origen de los nervios de este órgano, puede propagar-se, sin duda por vía anastomósica, á los nú-cleos de otros nervios, muchas veces muy lejanos, causando de este modo por reper-cusión toda suerte de neuralgias muy diversas.

La neuralgia es, por consiguiente, absolu-tamente distinta de la neuritis. Con todo, puede no ser más que una manifestación sintomática, en cuyo caso se la trata como verdadera neuritis; tal es la ciática grave de

los autores. Estas neuralgias se observan principalmente en los viejos ó en personas extenuadas y acabadas antes de tiempo.

También puede provenir de una compresión ejercida por un tumor desarrollado sobre un nervio ó en su proximidad (neuroma, tumores fibroplásticos, dientes cariados, tu-mefacciones diversas, exostosis sífilíticas, pólipo uterino ó vaginal.)

Es debida con más frecuencia á la acción local del frío, en cuyo caso se cura con el escrofuloso, con la aplicación de la electrici-dad roja, blanca ó angiótica.

Si no es más que una manifestación de la clorosis, será necesario el canceroso á la 2.^a dilución con el escrofuloso y angiótico III, á dosis de litro, lo mismo que si procede de la anemia.

Si ha sido provocada por la detención brusca de las reglas ó de un flujo hemorroi-dal, se usará el angiótico I, á dosis de un vaso.

Cuando se produce bajo una influencia pa-lúdica, el febrífugo será el remedio principal á dosis débiles.

Si está bajo la dependencia de una infec-ción sífilítica, será preciso el medicamento correspondiente á dosis ordinariamente dis-minuidas.

En todas estas variedades el medicamen-to nervioso deberá tener un papel importan-te en el tratamiento.

Garantizamos que estos medicamentos no son en estos casos simples paliativos como todos los de que hasta ahora se ha servido la medicina ordinaria (morfina, atropina, opio, aconitina y belladona), sino que tienen propiedades absolutamente curativas.

En cuanto á las prácticas de acupuntura, ventosas, cauterización al hierro rojo ó por el ácido sulfúrico, corrientes eléctricas continuas ó de inducción, no negaremos su eficacia positiva en muchos casos; pero lo que podemos afirmar con la más completa certeza es que nuestras electricidades son superiores en absoluto bajo todos conceptos, y sobre que su aplicación es mucho más sencilla, más á la mano de todo el mundo y nunca dolorosa.

.....
 Réstanos decir una palabra acerca de las *neurosis*. Al tratar este asunto no puedo por menos de citar en primer término un pasaje del artículo consagrado por Mr. Pr. Hoffmann á las *neurosis*.

“Una historia de las *neurosis*, fundada en el conocimiento de sus causas, es lo único que puede satisfacer el ánimo; sólo ella puede conducir á una conclusión terapéutica. La expresión sintomática es en este asunto tan variada, tan inconstante, que uno se pierde al intentar encerrarlas bajo una forma metódica. Estando en germen todas las *neurosis*, en tal ó cual causa determinada,

debemos, hasta cierto punto, desentendernos de la forma sintomática, que está fuera de toda previsión y de toda dirección, para fijar nuestra atención en la parte patogénica de la cuestión. Es de tal importancia este punto, que si llegase nuestro poder *hasta extinguir esta causa* antes que hubiese producido la mayor parte de sus efectos, suprimiríamos, por este solo hecho, toda la sintomatología de las *neurosis*, porque ésta tiene su razón de ser tan solamente en la *ineficacia de nuestros medios de tratamiento*.”

Tal es, en efecto, nuestro verdadero y único principio en todo y para todo, pero especialmente en este caso.

.....
 El único punto importante para nosotros es conocer el verdadero principio patogénico, la verdadera causa sustancial de esta enfermedad.

Así, pues, me parece que este principio verdadero reside en definitiva, ya en la anemia, ya en la hiperemia, ya en un vicio cualquiera de la sangre.

La anemia del sistema nervioso, que produce la dispepsia, la corea, la incontinenencia de orina, la epilepsia y el somambulismo, es producida ella misma por el agotamiento de la sangre, por la sífilis, por la clorosis y por todas las enfermedades del útero, por la fiebre intermitente, por intoxicaciones diver-

sas, por el reuma, por el alcoholismo, por el abuso de narcóticos (tabaco, opio, morfina).

1237

En este caso se debe recordar que el escrofuloso y el angiótico II y III son el remedio de la sangre; que el sífilítico lo es de la sífilis; el febrífugo de la fiebre; que el escrofuloso lo es, en fin, de las intoxicaciones, como el canceroso lo es de todas las enfermedades del útero. La hiperemia ó exceso de sangre en una parte dificulta la regularidad de su función. En el sistema venoso abdominal es sobre todo donde la superabundancia de sangre ocasiona numerosos accidentes nerviosos. De esta plétora ó discrasia venosa resultan, en efecto, dos grandes neurosis, denominadas en el hombre "hipocondría" ó "histerismo" en la mujer, con todas las manifestaciones nerviosas que las acompañan.

Por consiguiente, estas dos grandes enfermedades nerviosas, como la plétora de donde se derivan, tienen un medicamento poderoso en el angiótico. Con él desaparecerá esta enfermedad poco á poco, á la vez que las otras dos alteraciones que sirven como de válvula de seguridad; por arriba la hematemesis y por abajo las hemorroides.

.....

1238

Del pectoral.

Sabemos que uno de los primeros órganos que se forman de la linfa primitiva es el conducto digestivo, cuyo medicamento especial y primero es, como hemos visto, el escrofuloso. Por tanto, según común asentimiento de sabios histólogos, la mucosa respiratoria debe considerarse, bajo el punto de vista embriológico, como un vástago ó retoño de la parte supradiafragmática del conducto digestivo, especie de vegetación de la pared anterior de la faringe, que, ahuecándose y bifurcándose, da lugar á la tráquea y los bronquios y hasta á los diez y ocho millones de alvéolos que forman la masa de los pulmones. El aparato digestivo y el respiratorio tienen, pues, idéntico origen, y sus funciones concurren al mismo fin, que es la alimentación orgánica. Es, en efecto, en los órganos digestivos, y con el concurso de muchos órganos abdominales, donde las sustancias nutritivas sufren la primera elaboración, pero es en los pulmones donde ésta se termina; en ellos solamente es en donde, en virtud de una asimilación y desasimilación incesante de los elementos respiratorios del aire, la nutrición, ya tantas veces elaborada por los numerosos aparatos del tubo digestivo, recibe por último el supremo se-

llo y como la consagración definitiva de sustancia orgánica.

Estos dos fenómenos de alimentación orgánica se parecen entre sí, con la diferencia de que los alimentos introducidos en el tubo digestivo deben sufrir, antes de asimilarse, un gran número de metamorfosis, en tanto que los elementos respiratorios del aire se asimilan directamente, no teniendo necesidad por tanto tales gases sino de una ligera acción preparatoria destinada á ponerlos en el mismo estado de temperatura y de humedad que la superficie pulmonar con la cual se van á poner en contacto. Por lo demás, el árbol aéreo está todo él dispuesto para hacer sufrir al aire, sin esfuerzo alguno por parte del organismo, esa ligera modificación; las fosas nasales, cuyas aberturas son la cumbre del aparato respiratorio, como la superficie alveolar es su base, estando tapizadas por una mucosa muy humedecida, muy rica en sangre, y por lo tanto muy caliente, que además recubre infinidad de repliegues y conductos estrechos, por los cuales tiene que pasar precisamente el aire, le cargan de vapor acuoso en su camino y le ponen fácilmente á la temperatura del cuerpo. Se comprenderá sin dificultad la importancia de este aparato si se recuerda que todo hombre consume por día dos mil setecientos cincuenta litros de aire cuando menos, es decir, que debe absorber en fin de

cuentas para mantener su vida cincuenta litros de oxígeno; y si sobre todo se recuerda que esta absorción y esta asimilación del aire y de sus vivificadores principios tiene que ser incesante y renovada sin parar, so pena de muerte, se comprende, decimos, que puedan pasarse muchos días sin tomar alimento alguno; pero ¿quién podrá resistir un cuarto de hora sin respirar? ¿Podrá vivirse largo tiempo con una imperfecta digestión y aun casi nula, pero ¿qué sucederá del cuerpo humano cuando los órganos que presiden la respiración y la hematosis estén dañados gravemente?

Allí está, en efecto, el santuario de la vida. Ved esos dos pulmones suspendidos en el tórax, envolviendo el corazón en sus repliegues protectores, envueltos ellos mismos por finísima y compacta membrana denominada pleura, que tapiza de igual modo las paredes torácicas; comunican con el aire, donde vive todo ser creado, por medio de innumerable multitud de bronquiolos, que se reúnen en dos gruesas ramas que se llaman bronquios, yendo á abrirse en la traquearteria hasta ponerse en relación con la boca y fosas nasales. Estos mismos bronquiolos, después de haber expirado el aire de los pulmones, aspiran el de afuera para hacer pasar el oxígeno á los millones de alvéolos correspondientes á cada uno, cuyos alvéolos están tapizados por una fina y elástica membrana de

riqueza tal en capilares, que doscientos hectolitros de sangre pueden pasar por ella cada día, y que al dar á la superficie respiratoria una extensión de doscientos metros cuadrados, se reconoce que esa sábana sanguínea que la entrecruza con sus mallas infinitas tiene una superficie de ciento cincuenta metros cuadrados, representando una masa de dos litros de sangre que se renueva continuamente. Ahí es donde la sangre venosa de la arteria pulmonar viene á ponerse sin cesar en contacto con el aire vivificador.

Esta membrana vascular que tapiza los alvéolos se haya resvestida de un epitelio extraordinariamente delicado; este es el que, atrofiándose por efecto de los años, da ocasión al enfisema de los viejos; él es también el que, bajo la influencia de ciertas irritaciones, llega á hipertrofiarse y engendrar las falsas membranas del croup ó produce la neumonía, obliterando los alvéolos que está encargado de proteger y alimentar, transformándolos entonces, por el contrario, en un tejido compacto de hepatización; él es, por fin, el sitio principal del desarrollo de los tubérculos y de los cánceres pulmonares.

¿Cómo realizar en este aparato, por un lado, un trabajo tan incesante y de tantísima importancia, y por otro cómo evitar tantos accidentes como le amenazan?

Los pulmones toman su principal fuerza exterior del sistema nervioso, el cual dirige

los actos respiratorios pulmonares; unos nervios se hallan encargados de llevar al cerebro las impresiones de la necesidad de respirar, los cuales son, con el pneumogástrico, un gran número de nervios sensitivos y en particular los de la piel; hay otros en los que el cerebro determina su acción para que efectúen los movimientos mecánicos de la respiración; estos nervios, que se desprenden de las partes cervical y dorsal, son los motores de los músculos del tórax, y sobre todo el nervio frénico, encargado de innervar el diafragma, cuya importantísima acción en el aparato respiratorio puede compararse justamente á la de un pistón en un cuerpo de bomba.

Los pulmones toman su principal fuerza interior de la linfa. Pocas regiones hay, en efecto, que presenten cantidad tan grande de ganglios linfáticos; éstos se agrupan al rededor de la raíz de los bronquios, del esófago y de los grandes vasos; nacen sus vasos de los lóbulos pulmonares y de la mucosa bronquial; los de ésta forman conductos que atraviesan las paredes de los bronquios y siguen en seguida su dirección hasta el nivel del punto en donde el pulmón recibe sus vasos; los de los lóbulos forman una doble red que, después de largo circuito, remóntase al punto por el cual los otros han entrado. De aquí una parte toma de nuevo su camino á lo largo de los bronquios, mien-

tras la restante serpentea en largos circuitos por debajo de la pleura.

Los ganglios linfáticos penetran en el tejido pulmonar hasta una profundidad de dos á cuatro centímetros, y son muy numerosos; puede decirse, sin temor de equivocarse, que de la mayor ó menor pureza de la linfa que segregan depende principalmente el estado más ó menos sano del aparato respiratorio, y que la mayor parte de sus enfermedades, sobre todo las más graves y las que habitualmente se consideran incurables, proceden, sin género de duda, del vicio correspondiente de la linfa.

1239

El escrofuloso, al principio, purificando la linfa, la saneará y fortalecerá; es el remedio preservativo por excelencia, y el verdaderamente curativo en la mayor parte de sus enfermedades ligeras y contra la disposición á los romadizos, bronquitis, etc.

1240

El angiótico regularizará el curso de la sangre, tan abundante y complicado en este aparato; curará las congestiones, las inflamaciones, y tomado á tiempo evitará los infar-

tos, hepatizaciones y aun los embolios y apoplejías pulmonares.

1241

El canceroso, con sus diferentes homónimos, intervendrá como señor y dueño en las enfermedades graves del parénquima pulmonar.

Pero el remedio especial de este aparato es el *Pectoral*.

1242

El *Pectoral I* obra sobre el conjunto del órgano respiratorio, bronquios, pulmones y pleura.

1243

El *Pectoral II* obra con virtud especial sobre el parénquima pulmonar y cicatriza hasta las cavernas.

1244

El *Pectoral III* tiene una acción especial sobre los bronquios y sobre todas las inflamaciones pulmonares.

1245

El *Pectoral* IV es soberano en todas las neurosis de este aparato. Es el nervioso de los pulmones, como el pectoral III es su angiótico, el pectoral II su canceroso, y el pectoral I su escrofuloso.

1246

Añádanse á estos remedios las electricidades en aplicaciones, en ventosas ó en fricciones para reanimar y fortificar la circulación y la inervación, y se tendrán en la mano las armas suficientes para atacar y dominar las enfermedades más rebeldes de este aparato.

1247

No se olvide, sin embargo, un medicamento que aun cuando de ordinario no figura entre los específicos del pecho, no por eso dejará de hacer oficios importantes en estas circunstancias; este remedio es el febrífugo II, el cual hasta ahora se ha considerado sin razón como medicamento exclusivo del hígado; pero su acción se extiende sobre todo lo que presenta carácter pútrido, en especial lo que constituye más ó menos la diátesis tifoidea, la cual produce, como es sabido,

accidentes pulmonares ó abdominales ó hemorrágicos.

Mézclese este medicamento con los pectorales y los otros, según el caso, para componer las pomadas ó linimentos pectorales ó para hacer compresas ó fricciones, y se verá que su acción se ejercerá allí lo mismo que en los hipocondrios y en los intestinos; solamente no aconsejaremos emplearlo solo, sino mezclado con los remedios especiales.

1248

El aparato respiratorio se divide en tres departamentos muy distintos, que padecen enfermedades que les son propias, á saber: los bronquios, el parénquima pulmonar y la pleura.

1º A los bronquios pertenecen la tráquea y la laringe; por lo tanto la tráquea y la laringe; están expuestas á muchas enfermedades que todas son variedades de angina, es decir, inflamatorias de su membrana mucosa.

Además de las anginas ordinarias y simples, se presenta el croup, esta terrible enfermedad laringo-traqueal que casi siempre se confunde con la difteria traqueal; esa otra angina tan particularmente maligna y epidémica conocida con el nombre de membranosa ó gangrenosa; todas estas an-

ginas y con ellas con más razón las amigdalitis, las faringitis, las laringitis, desde la ronquera más ligera hasta la inflamación más intensa, las laringitis crónicas y hasta la ulcerosa, que no es otra cosa que la tisis laríngea, todas estas enfermedades serán combatidas con un éxito seguro con nuestros medicamentos. Lo mismo sucederá con todas las enfermedades de los bronquios propiamente dichos, comprendidas todas las variedades de bronquitis (inflamaciones diversas de la membrana mucosa de los bronquios). La bronquitis ligera (vulgarmente constipado), la bronquitis intensa (aguda), la capilar más extensa y profunda (á veces los bronquios están atacados de un modo más grave todavía en la pneumonía ó en las anginas croupales; la enfermedad en este caso es refleja y entonces lo que hay que combatir es el croup ó la pneumonía), la broncorrea (vulgarmente pituita, flujo mucoso), procedente de una condición secretoria especial de la mucosa de los bronquios, y que se divide en aguda y crónica (esta última es continuación de la bronquitis), y por último, el catarro epidémico llamado grippe, y el asma, que es una especie de catarro sofocante. Para terminar esta reseña de las enfermedades de la parte superior del árbol aéreo, señalaremos también la coriza ó inflamación catarral de la membrana mucosa de las fosas nasales.

.....
 La coriza, cuya duración es ordinariamente de cuatro á ocho días, á pesar de todos los remedios, desaparece como por encanto con una aplicación de electricidad roja en la raíz de la nariz y algunos glóbulos de escrofuloso tomados en seco, si es necesario, se usa alguna untura del canceroso V y la aplicación de electricidad R. en la nuca y en el simpático.

Las laringitis ordinarias cederán con gargarismos de los angióticos adicionados de la electricidad R., con compresas de los mismos medicamentos y E ó angiótico al interior según el temperamento.

Las laringitis graves necesitarán que se añada á los remedios constitucionales algunos de los cancerosos y pectorales, empleándolos mezclados interior y exteriormente. —Con adición de electricidad R. B. Ag. ó A.—En estos casos hemos obtenido gran ventaja manteniendo continuamente sobre las partes enfermas un trapo untado de pomada compuesta con estos diferentes medicamentos. En caso de croup ó de difteria es bueno añadir en las compresas ó en las pomadas el febrífugo II á los otros remedios y apoyarlo con el uso del angiótico II; estando formadas las falsas membranas casi únicamente de fibrina, esto supone, en efecto, que la composición del plasma de la sangre está comprometida, y de aquí la necesidad

de emplear el Ag. II. Además del medicamento en dilución, será bueno también hacer que el enfermo tome entonces algunos glóbulos en seco del escrofuloso y del canceroso V, alternados cada cinco minutos, á veces también compresas abundantes de electricidad roja pura sobre la garganta y la parte superior del dorso hacia el simpático. No hay que olvidar combatir la fiebre que acompaña estas terribles enfermedades, dando el febrífugo ya en seco, ya mezclado en la disolución y compresas de febrífugo II, de canceroso X y de angiótico mezclados, sobre los hipocondrios y sobre el bajo vientre; en fin, en los casos en que sea posible, empleense como recurso supremo los gargarismos de electricidad pura B. ó R.; con este tratamiento se conseguirá curar rápidamente los croups y las difterías. En cuanto á los catarros ó romadizos ordinarios, su curación es cosa de juego. Al principio cinco ó seis glóbulos de escrof. en seco, de tiempo en tiempo, serán lo suficiente para hacerlos abortar completamente. En algunos casos, el escrofuloso al primer vaso será preferible, y si el catarro está ya formado, cinco ó seis glóbulos de pectoral III en un litro de agua con un glóbulo de angiótico II y otro de febrífugo si hay fiebre, mezclados en la misma solución, bastará para curarlo enteramente.

En cuanto á las bronquitis verdaderas,

mézclese pectoral III ó pectoral IV (este último es preferible cuando hay neurosis) con angiótico y á veces con febrífugo, y en algunas ocasiones hasta con canceroso, y hágase tomar esta bebida al segundo, tercero ó cuarto vaso. Es bueno también en algunos casos añadir en el vaso una gota de electricidad amarilla; fricciones, unturas y compresas de los mismos medicamentos. La broncorrea y la grippe se combaten del mismo modo.

1249

2º El parénquima pulmonar ó los pulmones propiamente dichos están expuestos á las enfermedades siguientes:

La pulmonía; inflamación del parénquima pulmonar. Se llama parénquima al tejido *constituyente*, es decir, fundamental y primitivo que es parte esencial del organismo. Ese tejido, directamente activo, es el que suministra el blastema, á expensas del cual nacen los otros tejidos; como esta clase de tejido tiene en grado muy notable propiedades de sensibilidad y actividad orgánicas, es atacado de hipergénesis y llega á ser más fácil y más frecuentemente que los otros, el punto de partida de tumores ú otras producciones anormales.